

La Novela Corta



TODOS MENOS ESE!

POR

Carmen de Burgos (Colombine)

Diputación de Almería — Biblioteca. Todos Menos Ese., p. 1

119
10 cts.

Núm. EXTRAORDINARIO

LA NOVELA CORTA

Director: José de Urquía

**HOMENAJE A LOS NOVELISTAS
ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX**

LA NOVELA CORTA, después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, *para complementar su apostolado de divulgación literaria* va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicándola de cada uno de ellos **UNA SOLA OBRA** en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas

NOVELA ROMÁNTICA

***LARRA**.--El Doncel.
ESPRONCEDA.--Sancho Saldaña.
PATRICIO DE LA ESCOBUEA.--El Conde de Candespina.
MARTINEZ DE LA ROSA.--Doña Isabel de Solís.
ENRIQUE GIL.--El señor de Bembibre.
FERNANDEZ Y GONZALEZ.--La maldición de Dios.
ORTEGA Y FRIAS.--Abelardo y Eloísa.

HARTZENBUSCH.--La hermosa por castigo.
GERTRUDIS G. AVELLANEDA.--El donativo del diablo.
PASTOR DIAZ.--De Villahermosa a la China.
AIGUALS DE IXCO.--La Marquesa de Bellafior.
NAVARETTE.--Una historia de lágrimas.
PEREZ ESCOBIC.--El Cura de aldea.
PILAR SIMUES.--La rama de Sándalo.

NOVELA HISTÓRICA

F. PATXOT.--Las ruinas de mi convento.
GANOYAS.--La campana de Huesca.
VICCETO.--Los hidalgos de Monforte.
BALAGUER.--La espada del muerto.

NAVARRO VILLOSLADA.--Doña Blanca de Navarra.
AMOS DE ESCALANTE.--Ave Maris Stella.
CASTELAR.--La hermana de la caridad.

NOVELA NATURALISTA

***FERNAN CABALLERO**.--La Gaviota.
MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.--La protección de un asáete.
EL SOLITARIO.--Escenas andaluzas.
MESONERO ROMANOS.--Escenas matrienses.

PEREDA.--ANTOLOGIA.
VALERA.--ANTOLOGIA.
OLARIN.--ANTOLOGIA.
SELGAS.--Nona.
***ALARCÓN**.--El amigo de la Muerte.
ARTURO REYES.--Una novela.

También rendiremos un homenaje a la memoria de los grandes escritores y poetas que escribieron narraciones en prosa.

POETAS

ZORILLA.--Recuerdos de tiempo viejo.
TRUEBA.--Cuentos campesinos.

***BEQUE**.--El caudillo de las manos rojas.
CAROLINA CORONADO.--Sigea.

ESCRITORES

GANIVET.--Pío Cid.
SILVERIO LANZA.--Medicina rústica.
TABOADA.--Una novela.

EUSEBIO BLASCO.--Una novela.
ALEJANDRO SAWA.--La noche.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas, irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por

La Condesa de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, Manuel Buena y Oristobal de Castro.

En los números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores

(*) Las obras señaladas con asteriscos ya han sido publicadas.



R-7307-A

¡Todos menos ese!

NOVELA INÉDITA

POR

Carmen de Burgos (Colombine)



El frescor del aire de la sierra que caía sobre Madrid tenía algo de brisa de mar; ejercía un efecto tónico para que los poros resecos y sofocados por el calor del día se abriesen con una sensación de bienestar y placidez. Era como si Madrid todo diese ese gran suspiro de satisfacción que exhala una persona privada largo rato de aliento al volver a respirar libremente. Todos los balcones estaban abiertos, todas las terrazas de catés y cervcerías llenas de gente; llenos los recreos y cines al aire libre; y las aceras invadidas por los grupos de porteras y habitantes de los cuartos interiores que acudían ansiosos de tomar el aire.

El paseo de Recoletos, al que burlescamente denominaban *la playa* era el más favorecido de todos a pesar del retraimiento de los que no lo consideraban elegante.

Las novelas «inéditas» que publica esta revista son bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

Dos vueltas habían dado Azeina y Luisita sin atreverse a entrar en él, pasando a lo largo de la acera y contemplando de lejos el bullicio, cuando al fin el deseo fué más fuerte que la decisión que habían formado, atraídas por el rumor de risas y palabras alegres que ponían en el aire una nota de animación y simpatía.

Fueron a tomar su parte en aquel alegre coro de gentes que iban y venían en grupos, completamente despreocupados los unos de los otros; como si la reunión de todos no tuviese más objeto que aislar a cada uno y servirle de acompañamiento.

Casi todas las jóvenes que paseaban parecían alegres, avispadas, cantarinas, como dispuestas a una danza. Las cabecitas descubiertas en su mayor parte estaban peinadas con un cuidado burgués, en rizos bien dispuestos, complicados y sentaditos y se mantenían airoosas sobre los cuellos erguidos con energía al eco del piropro masculino como yegua que se engaya y recela.

Dominaban las blusas de tonos claros y telas ligeras, transparentes, que dejaban lucir descotes y brazos; las faldas cortas descubrían los pies calzados coquetonamente con zapatitos descotados, de tacón alto y transparentes medias de seda. Los hombres jóvenes y viejos mosqueaban alrededor de las paseantes, repitiendo sus continuos piropos, y mirando a todas con ojos que creían un deber expresar lánguidamente un galante deseo.

En las sillas, colocadas al margen del paseo, se formaban numerosas tertulias de personas más morigeradas, que se sentaban allí cerca, del mismo modo que si entrasen en un teatro para ver el espectáculo.

Luisa buscó con los ojos hacia aquel lado cual sería el lugar donde se colocaban los sevillanos.

Sabía que estos tenían su tertulia bajo uno de los árboles, que era ya como un sitio alquilado para ellos. Así se reunían por gremios o provincias: tertulias de militares, de empleados de Fomento de procuradores; todos los que no habían podido salir de Madrid y se consolaban paseando en la «Playa de Recoletos» y declarando que Madrid era el lugar más agradable de la tierra y que se estaba mejor en una casa de huéspedes de diez reales en la calle de la Montera que en un balneario de moda.

Se permitían la expansión de ir allí todas las noches, formar su tertulia, para discutir a voces, sin ponerse nunca de acuerdo, todos los asuntos políticos, las obras de teatro y el mérito de las actrices, bailarinas y cupletistas; y algunos tomaban dos sillas para extender las piernas a sus anchas, poner el sombrero al lado y desabrocharse el cuello de la camisa con la libertad del que está en su propia casa. Claro que todas las discusiones tenían el intermedio del continuo tema de *las mujeres*, como si la hombría de ellos hubiera de probarse con palabras procaces, aventuras vulgares y mucho hablar de mujeres *estupendas* echándola de pillines.

Allí, en una de esas tertulias de estudiantes y de empleados de Sevilla se sentaba Paco. Luisa no tardó mucho en distinguirlo y cambió instantáneamente la mirada, para pasar frente a él haciéndose la distraída, como si no lo hubiese visto, aunque la fiesura de su aspecto, el empeño en mantener la cabeza vuelta hacia otro lado y lo for-

zudo de la voz daban a entender claramente, no solo que lo había visto, sino lo mucho que le importaba su presencia.

Paco por su parte no había pestañeado, pero la había visto pasar con la misma emoción oculta bajo la capa de la indiferencia. Todos sus amigos la habían visto también. Se destacaba demasiado la joven, con su alta estatura, su cabeza de rizos negros y su blusa roja, que le hacía sobresalir de los tonos claros y la estatura mediana de las otras, como una amapola entre un campo de margaritas.

A los pocos momentos Paco hizo ademán de levantarse.

—¿Te vas?—le preguntó un amigo.

—Sí.

La mirada con que acompañó este sí daba a entender que no quería volver a ver pasar ante él a su ex-novia. Empezó a recoger los efectos que tenía sobre la silla, pero lentamente, como los que antes de marcharse esperan que los llamen.

Sin duda Luisa había sentido la huida porque a los pocos metros, en vez de continuar hasta el final del paseo arrastró a su hermana para dar la vuelta. Su mirada de reojo debió advertirle lo que sucedía, porque volvió la cabeza hacia aquel lado, y miró con franqueza, de frente, haciendo un expresivo saludo. Todos le contestaron afectuosamente y uno de los del grupo se adelantó invitándolas.

—¿Quieren ustedes descansar aquí?

Luisa miró a Adelina, que a su vez ya la miraba a ella, porque la viuda, sujeta sin interrupción desde la tutela del padre a la del marido, estaba sometida a la voluntad de la hermana, de un carácter más vivaz y dominador.

—Con mucho gusto.

La vacilación había sido corta, como si presintiera el peligro que encerraba.

Todos se levantaron a saludarlas, con esos extremos de amabilidad que son como el homenaje debido a las mujeres bonitas, y les cedieron sus asientos. Paco ofreció el suyo.

—¿Te vas?— Esta vez era Luisa la que preguntaba y él fué el que vaciló un instante para responder al fin con voz temblorosa.

—No.

Todos los demás sonrieron. Era proverbial entre ellos aquel amor de Luisa y Paco que duraba ya varios años, entre continuas riñas y rompimientos, pero que acababa por arreglarse siempre, de tal modo que ya los amigos íntimos no se atrevían a aconsejarle en contra; y ni las amigas de ella coqueteaban con Paco, ni los amigos de este se atrevían a cortejarla, a pesar de ese incentivo que hay en la novia del amigo y en la viuda del camarada, para hacerla más codiciable e incitante.

Todos tenían la seguridad de que sus disgustos habían de acabar bien; les bastaba sólo verse, cambiar una palabra o una mirada para que se derrumbasen todos sus propósitos de no volverse a saludar y cayesen por tierra sus enojos, por mucho que ambos hubiesen jurado a todo el que quería oírlos que no se arreglarían jamás.

Aquel era un amor que vivía de sus continuas rupturas, de las dificultades que se creaban ellos mismos; de la facilidad con que todo

se arreglaba y se deshacía constantemente. Siempre avaloraba sus momentos de amor la idea de lo deleznable y fugitivos que podían ser, y en el fondo de sus disgustos, en los instantes más amargos del alejamiento, quedaba como una persuasión íntima de que no estaba todo terminado.

Habían llegado hasta la infidelidad. Unas veces Luisa supo que Paco cortejaba a una joven y que sus relaciones iban muy avanzadas, pero le había bastado presentarse para que él no volviera a hacer caso de la otra. Hasta alguna vez, con esa falta de piedad de los dichosos, se habían reído de las cartas que la abandonada le dirigía a Paco y que habían de quedar sin contestación.

Otras veces era Luisa la que había admitido un pretendiente, para dejarlo cruelmente burlado a la vuelta de Paco.

Estaban todos acostumbrados a oírlos abominar al uno del otro; contar las ofensas que habían recibido, las groserías de que fueran víctimas, los sufrimientos que se habían causado y el odio engendrado por todo aquello, y luego verlos de repente juntos, felices, olvidados de todo, como los mejor avenidos del mundo.

Bien es verdad que al día siguiente de verlos tan unidos, tan conformes, con la seguridad tan grande de su amor y sus destinos, se los encontraba separados de nuevo y jurando que no se reunirían más.

¿Porqué había surgido la nueva ruptura? Ni ellos mismos podían decirlo. Era todo por cosas fútiles, tal vez estallidos de pasión demasiado vehemente que llegaba a tomar las formas del odio para ser más aguda y punzante.

Estallaban aquellas tempestades cada lunes y cada martes: ya una opinión contraria, ya la elección de un sombrero o una corbata; una frase, una mirada; la contradicción dolorosa del amor exacerbado estaba en ellos y se manifestaba con cualquier pretexto.

En los disgustos graves, cuando los celos tomaban parte y los amigos se proponían agrandarlos con su intervención, parecía que se había terminado todo; pasaban meses y meses de alejamiento; unas veces sin querer oír hablar el uno del otro, otras veces protestando que eran excelentes amigos, completamente indiferentes, hasta llegar a la confidencia. Pero lo mismo en unos casos que en otros todo se acababa como había empezado, sin saber de qué manera.

No necesitaban preámbulos ni explicaciones; una mirada, una sonrisa, un apretón de manos y todo quedaba olvidado. Era después cuando venían las explicaciones, las quejas, el narrarse los tormentos que habían sufrido, convertidos ya en agradable tema de conversación.

Así pasó aquella noche. Después de estar conversando un rato alegremente con sus amigos, las dos hermanas se levantaron para pasear de nuevo y Paco se colocó al lado de Luisa con la mayor naturalidad, haciéndose acompañar de su amigo Juan, que tomó su puesto al lado de la viuda.

Todos los del grupo que habían abandonado, y que recordaban las confidencias rencorosas de Paco, se miraron un poco entre desconcertados y risueños, como diciendo con su fatalismo sevillano: «Tenía que suceder»; y mientras unos seguían discutiendo si era más

interesante Raquel Meller o la Argentinista, otros canturreaban una *soleá*, y los demás, medio soñolientos, emperzados, mecían su ensueño de nostalgia, que iba hacia la patria chica

El centro del paseo era como el prólogo de los amores y de las intrigas. Después, para la continuación, las parejas de enamorados se esparramaban y se extendían por los boulevares más silenciosos y solos, de más poesía y menos luz, hacia el Prado o el Hipódromo,

Las dos parejas caminaban a orillas de los jardinillos del primero, los cuatro en fondo, muy silenciosos y preocupados. Paco miraba ávidamente a Luisa; la miraba como si la hubiese encontrado después de creerla perdida, y ella notaba cómo la penetraba su mirada llena de amor y se sentía feliz, segura de su poder de dominadora. Poco a poco dejó el brazo de la hermana para adelantarse con él. La otra pareja les seguía realizando un sacrificio en aras de la amistad. Juan sin saber de qué hablar con Adelina, que siempre automática, silenciosa e indiferente a todo, marcaba a su paso el ritmo conveniente para guardar la distancia que había querido establecer entre ellos y su hermana.

A los pocos pasos se habían hecho las paces y las manos de los dos enamorados se estrechaban amorosamente.

—¡Cuánto he sufrido!—decía él.

Y como para darle una idea de su tormento, añadía:

—Me pasaba las noches estudiando.

Ella, vencida por aquel exceso, murmuraba:

—Tonto, y yo que te quería tanto.

Habían llegado al lugar donde el paseo se abre en la plazoleta de las Cuatro Fuentes. La poesía del sitio los ganaba a todos. Era uno de los lugares más bellos de Madrid, y, sin embargo, era el más desierto; la gente no se detenía allí; sólo escasos transeuntes pasaban de vez en cuando turbando la intimidad de aquel sitio. Había algo allí de campo, de explanada, algo que parecía alejar las casas cercanas y alejar la ciudad; lucía en lo alto un cielo azul, intensamente oscuro, en el que brillaba la franja de luz de la vía láctea, semejante a un jirón de neblina que ocultase las masas de estrellas; la gran explanada envuelta en la sombra tenía un valor de claro de bosque, y las cuatro fuentes, bajas, anchas, con las aguas verdosas que parecían próximas a desbordar, ponían mayor misterio al lugar. Caía el agua lenta, lenta, con un suave murmullo, desde su bajo surtidor, y daba la impresión de que las fuentes se iban a derramar, falias de artificio, con la sencillez de su taza escueta, de piedra, roída y ennegrecida

por los años. La canción del agua era allí una canción en voz baja, sorda, como si tuviese miedo de turbar la paz de la ciudad, como si añorase la libertad de los campos. Su canción melancólica, dulce doliente impregnaba de poesía el lugar. Los dos novios fueron a sentarse en el borde de una fuente, la primera a la izquierda, y Luisa tocó con los dedos el agua, sintiendo una sensación de placer a su contacto, pero sin atreverse a sumergir las manos. Paco trató de levantarse los puños para imitarla, pero ella lo detuvo. Tenía miedo de aquella oscuridad del agua, que parecía negra, más negra que la tierra, como si en su fondo estuviese posado mucho fango y vivieran anguilas, lombrices, sapos, animales que irían a morderle en las uñas.

El río de buena gana de sus temores. Las fuentes estaban limpias, a pesar de las ovas o ajomates pegados como pólipos a sus paredes, era la noche sin luna la que producía aquel efecto. Metió la mano y tiró de los dedos de su novia para hacerle hundir las suyas. Se estrecharon las manos dentro del agua con un placer nuevo, revestido de inocencia.

Adelina y Juan se habían sentado cerca de ellos. La pobre viuda se quejaba del capricho de su hermana en detenerse allí, en un sitio tan fríste y tan húmedo, cuando estaba tan hermoso y animado el paseo. Además, Juan se debía aburrir.

El amigo tuvo que protestar; influido por la belleza del sitio encontraba apetecible a la viuda, y pensaba que sería una mujer hermosa adelgazando un poquito y peinándose mejor.

Luisa y Paco no pensaban en ellos; había desaparecido todo lo que no fuesen ellos mismos, con las manos juntas electrizadas en sus guantes de agua, y los ojos fijos en sus ojos hasta llegar a la hipnotización.

—¡Pensar que he podido perderle!—murmuró él con aquella voz grave, inconfundible para Luisa, que le llegaba al corazón.

Ella respondió con una voz de suspiro que salía del corazón suyo

—Me hubiera muerto.

Sintió Juan el dolor de aquella muerte cuya sola enunciación le llenaba de terror. ¿Podrían olvidarse jamás aquellos instantes? ¿Llegar a ser extraños el uno para el otro? ¿No volverse a ver? Le apretó la mano con tal fuerza que Luisa dejó escapar un grito.

—¿Qué es eso?—preguntó severa la hermana.

Pero la joven lanzó una carcajada ante la disculpa impensada que se le ofrecía.

—¡Mira!

Señalaba a Paco, cariácontecido y confuso, que escurría entre las dos manos el borde de su americana. Sentado de espalda al agua, en el borde de la fuente, e inclinándose para coger las manecitas blancas que se le escapaban en un juego de coquetería, como pececillos que huyen el anzuelo, no había visto que su ropa caía dentro de la fuente y se mojaba. Todos celebraron con risas el percance.

Un coche sabía lentamente, como si el caballo caminase dormido en dirección a la Puerta de Atocha.

—¿Lo llamamos?—preguntó Luisa, que se enjugaba las manos con su pañuelo.

- No..., no cabemos los cuatro. Tendríamos que separarnos.
- Pero así, mojado como estás...
- Seguiremos nuestro paseo por este lado.
- Podrá perjudicarte—observó Adelina con su carácter maternal.
- Nada de eso... En este tiempo es una ventaja.

Volvieron a formarse de dos en dos para emprender su paseo de nuevo. Por un sentimiento unánime Luisa y Paco volvieron a un tiempo el rostro para despedirse del lugar de dulzura que acababan de dejar. El coche se había parado cerca de la fuente y el caballo blanco y escuálido bebía ansioso sin levantar cabeza.

III

Siguieron su paseo a la sombra protectora de la tapia del Botánico, contentos de no encontrar gentes en su camino. Sólo de vez en cuando pasaba una pareja que procuraba quedarse detrás o adelantarlos mucho, o alguna otra que venía en dirección contraria y pasaba rápidamente sin mirarlos y sin que ellos la mirasen tampoco, porque así, no mirando ellos, les parecía que no les veían los otros.

Al llegar al extremo de la verja dieron la vuelta pisando sobre sus propias huellas. Luisa, a favor de la soledad y la complicidad de la noche, apoyaba su brazo en el brazo de Paco, que lo apretaba contra su pecho, mientras seguían su conversación apasionada. Al llegar al Museo sintieron que entraban de nuevo en un radio de luz que les obligaría a separarse, y por un acuerdo tácito torcieron su camino en dirección a las tapias del Retiro.

Para todos ellos, habituados a vivir en el centro de Madrid, aquello era como otra ciudad distinta, más cómoda, más apacible, más pueblerina. La silueta de los edificios que los rodeaban prestaban un encanto de arte con la majestad y la gracia de su arquitectura. A la derecha el Museo con sus columnas dóricas suntuosas y la majestad de la escalinata, haciendo recordar los tesoros guardados dentro. Enfrente el casón, con su pórtico griego, elegante y ligero; más a la izquierda y más al fondo, la silueta elegante y graciosa de San Jerónimo el Real, ostentando la aristocracia de sus altas torres góticas que parecían clavarse en la sombra. Los muros rojos de la Academia ponían una nota de color, y al través de la verja de hierro se escapaban juguetones los tallos de una madreSelva.

Luisa abrió la nariz con un aleteo de sensualidad para aspirar el aire perfumado de madreSelva, jazmines y magnolias. Era la madreSelva la que dominaba. Acercó el rostro a los hierros como si quisiera beber el perfume, saturarse en él. Paco miró a todos lados, y, seguro de no ser visto, cortó el ramo de florecillas amarillentas, tan

ocultas entre las hojas apretadas, y se lo ofreció a Luisa. Luego se separaron de allí, ligeros como si hubiesen cometido un delito, escuchando el ladrido de los perros que acudían hacia la tapia como si hubiesen notado el robo y trataran de morder la mano que lo cometió.

Al entrar en la calle de Alfonso XII protestó tímidamente Adelina: —Estoy muy cansada. Debe ser muy tarde.

Paco le respondió:

—Vamos ya hacia casa. En la Plaza de la Independencia subiremos al tranvía. No son más que las doce y hay tiempo de poder tomar un chocolate en el café Universal antes de retirarnos.

Seguían la tapia del Retiro. Allí la oscuridad era mayor. Adelina, cansada, se quedaba lejos y tal vez era Juan el que provocaba este alejamiento. El brazo de Paco buscaba atrevidamente, con un atrevimiento que nunca había tenido, la cintura de su novia, y a través de las telas ligeras palpaba su curva armoniosa y subía hasta el brazo desnudo, pasando bajo la manga.

No se atrevía Luisa a oponerse. Sentía miedo de desmerecer a sus ojos por la condescendencia, pero la dulzura que se apoderaba de ella era superior a su voluntad. Sobre su seno había prendido el ramo de madreselva y el olor aquel parecía embriagarla y adormecerla más. Una de aquellas florecillas, madura, casi marchita, con esa madurez que aguilata el olor de la madreselva, jugueteaba entre sus labios. Paco debía estar también embriagado: olor de noche, olor de selva, olor de tierra, olor a carne palpitante de amor. En la sombra, la blusa roja de Luisa parecía negra como sus cabellos y dejaba resaltar la blancura del descote, el busto destacábase marmóreo, como en una estatua cuyo traje hubiese estofado un escultor del Renacimiento para lucir más la piedra. El cuello largo, firme, sosteniendo airosa la cabeza, tenía una suprema elegancia en su blancura. Se acercó Paco para verla mejor; le brillaban los ojos en la sombra como si hubiese retenido en las pestañas una lágrima tan leve que no las llegaba a rebasar. La florecilla sobre los labios era como una provocación. Una tentación fuerte que no pudo dominar. Acercó los suyos para quitársela con ellos y fué a un tiempo mismo, espontáneo y poderoso, el doble beso.

—Hemos llegado.

Era verdad lo que les decían. Estaban la Plaza de la Independencia; los tranvías que dan la vuelta a la Puerta de Alcalá se acercaban con sus luces brillantes y su campanilleo avisador. Entraron en uno de ellos; se sentaron separados, y luego en el café apenas volvieron a hablarse.

Parecía que los dos estaban arrepentidos de lo que habían hecho.

Paco sin darse cuenta comprendía que no tenía ya derecho a provocar sus continuas peticiones, aquellas peticiones que mantenían su amor, y experimentaba una vaga tristeza.

Luisa, con su instinto de virgen, avisada por lecturas de los misterios de la vida, se creía menos fuerte para conservar su señorío en sus disgustos. Sin duda el beso dado era inferior al beso esperado. Juzgaba por ella misma y sentía como un dolor de vencida, de desar-

mada. ¿Qué recurso podría emplear para retenerlo cuando ya no fuese el arma del deseo y el encanto de lo desconocido? Se arrepentía de aquella traición de la noche que le hizo olvidarse de estar en guardia, para conservar incólume los recursos de su coquetería, que son el secreto de la virtud calculada y cruelmente provocativa de algunas mujeres.

IV

Empezó una era de paz más larga de lo acostumbrado entre los dos novios. Desde agosto a octubre solo habían reñido tres veces, y esto por cosas fútiles, que no interrumpían sus visitas. Paco le prometía que se casarían tan pronto como aprobara el último año de leyes e hiciese la reválida. Esto le parecía a todos cosa próxima porque solo le faltaban tres asignaturas, pero Luisa sabía que en cada asignatura de la carrera había gastado un año y aunque Paco disculpaba su dejadez o torpeza con la excusa de no querer acabar sus estudios para estar en Madrid más tiempo, porque le aburría la vida provinciana, ella sospechaba que podía seguir así.

Cuando iba de noche a verla le encendía una lámpara, le colocaba cerca una mesita, con la taza de café humeante y le daba el libro abierto para que estudiase. Ella se iba al lado de la hermana, junto al balcón, para no estorbarle y allí las dos continuaban sus labores destinadas al ajuar de novia, comenzado ya desde hacía largos años antes de tener el novio, para cuando llegase el caso.

Pero cada vez que volvía la cabeza, y la volvía de minuto en minuto, la mirada de Paco estaba fija en ella y el libro continuaba abierto por la misma página.

—¡Esto no está bien! Así no nos vamos a casar nunca—decía fingiendo enojo.

—Tuya es la culpa ¡Estás tan bonita!

Las únicas noches que Paco estudiaba eran las que venía a verlos el tío Antonio, viudo de una hermana de la madre de Luisa y Adeline.

El buen hombre, que siempre había sido bonachón, sencillo y alegre como unas pascuas se había tornado melancólico, taciturno y fatalista desde que a la muerte de su mujer había ido a pasar unos días con sus parientes a Huelva. Se había apoderado de él la sensación del abandono, de la muerte, de la soledad.

—No sabéis lo que es, yo no lo sabía tampoco—decía—lo que es volver al cabo de treinta años al sitio de donde salimos a los veinte. Todos los que dejamos pequeños son ya casi viejos y su vejez nos da la medida de la muestra que no habíamos visto bien!

—Pero tío—respondía Adelina que, en su placidez, se sentía dichosa engordando sin más ideal que el verse rodeada de los suyos— Eso es una cosa muy natural.

Montaba en cólera don Antonio.

—¡Muy natural! ¡Claro! ¡Muy natural! También es natural morirse, y esa es la idiotez, el que esto sea natural. Lo vamos viendo todos los días; se ha muerto Fulano, se ha muerto Mengano; Zutana se murió, se murió Mengana... nos van dejando solos, solos, como sin defensa para atacarnos mejor.

Era en vano que la familia tratase de apartarlo de aquellas ideas que lo obsesionaban, una vez lanzado en ellas.

—Si viérais en Huelva... todo estaba igual;... todo menos la gente... todos los que tenían treinta o cuarenta años cuando nací no estaban ya... no quedaba ninguno de los que fueron mis amigos mayores... Se habían ido todos al cementerio, poco a poco, sin hacerse notar de los otros... hoy el tío Luis, mañana la prima Juana, la vecina, los amigos de mis hermanos... todos, todos cayendo muertos a lo largo del camino, y yo que no había ido en tanto tiempo, era como si los viera morir a todos de un solo golpe... ¿Querréis creer que ya no escribo cartas por no abrir mi libro de direcciones, lleno de cruces como un composanto.

Se sentían todos impresionados de aquella amargura, de aquella protesta contra lo inevitable que había en don Antonio; de aquella certeza de hallarse solos al final de la vida.

Pero don Antonio, con una rápida transición, parecía olvidar su tristeza.

—Un cigarro, Paco, que no hay nada en esta vida que merezca apesadumbrarse con ello. Para lo que ha de durar,

En seguida, con un mal gusto, que hacía dudar de si obraba por inconsciencia o por maldad, empezaba a poner de relieve las faltas e infidelidades de hombres y mujeres. No había pareja fiel; solo él y su mujer lo habían sido. Por eso se la había llevado Dios.

Se complacía en despertar los celos de ambos.

—Vamos, buen mozo, que ya me figuro lo que harás cuando salgas de aquí... Todos somos hombres... y mientras estas tontas... Bien es verdad que también se desquitan... ya, ya... Verdad Luisita... yo sé mucho.

—¿Pero qué es lo que sabe usted?—preguntaba la joven exasperada al notar la contracción de cejas de Paco.

—Nada; hija, nada... No te figures que voy a decir nada inconveniente.

—¿Pero qué tiene usted que decir?

Era seguro, visita del tío Antonio, pelea cierta. Aquellas noches Paco se iba sin detenerse en el pasillo a besar a su novia, con aquella confianza que se había abierto para sus besos después de robarle el primero, y se marchaba deprisa, calle abajo, sin volver la cabeza, como hacía las noches que se separaban contentos, esas noches en las que él tomaba la acera de enfrente para verla más tiempo y que ella lo seguía con sus gemelos de teatro para verlo mejor; volviéndose a cada cuatro pasos en un nuevo saludo. Esas noches le quedaba una gran esperanza que la fortalecía contra los celos vagos. Tenía

celos de aquellas mujeres que ella adivinaba acechando por las esquinas, que lo detenían y lo llamaban. Un día, con su poco reparo, había contado don Antonio que una de ellas le ofreció la pierna, rogándole que le echara 10 céntimos en la media.

Otras veces tenía celos del pasado. Ella desearía que le hablase mucho de su familia, de su vida, de sus proyectos para lo porvenir. Era como si así hiciese el pasado más suyo y creara lo venidero; pero Paco hablaba casi siempre del presente. En lo que más explícito había sido fué en hablarle de novias. ¡Cuántas y cuántas pasiones! Las amiguitas de su hermana allá en Sevilla creándole complicaciones sentimentales; las primitas insinuantes esperando ser elegidas para esposas; aquella prima casada que vino de la ciudad, que lo enloqueció con sus morbideces de mujer madura, y que cuando él le pidió un beso de amor le dió un beso grande, fresco, maternal, en el que no había una vibración de mujer: aquel beso al *chiquillo* que mató su amor y le hizo conocer el primer dolor de hombre. ¡Cómo se habían burlado de él!

Más tarde las revelaciones con las doncellas de su madre... las novias fáciles, aquella hija de la pupilera tan feíta, que le toleraba todos sus devaneos sin exigirle nada, y que fué su intermediaria cerca de una cándida inglesa rubia de torneadas pantorrillas.

Después, a la muerte del padre, las cupletistas, las bailarinas, las señoras a cuyas casas lo llevaban los amigos; y al lado de esas las otras, las más temibles, las señoritas casaderas y virtuosas. Creía Luisa que todas lo pretenderían, que no tendría más que elegir, suponiendo que a todas les había de gustar como a ella.

Sus celos la alejaban de todas sus amigas; sufría cuando iba alguna a verla o la detenía en la calle. Bien es verdad que Paco tenía los ojos muy alegres y no hallaba mujer desagradable. La ponía en ridículo con sus amabilidades y sus piropos a todas. Hasta un día, a Petrita, tan fea y picada de viruelas, no encontrando qué elogiarle le había dicho que tenía las orejas bonitas.

Ella no se quejaba de esto por miedo al ridículo; pero en cambio si tenía una broma, una atención, una mirada con cualquiera de los amigos que él llevaba, había de sufrir los improperios que le dirigía su novio, el cual tenía buen cuidado de decirle:

—No son celos. ¡Celos yo! Es vergüenza de tu procacidad, de tu mirada.

Atemorizada por esto se sentía molesta, cohibida; se colocaba en una situación inferior para luchar con las otras; tenía que estar preocupada siempre en retener los ojos, que se le escapaban hacia lo prohibido, con esa atracción que es para los ojos el impedirles mirar algo, que es bastante para que se escapen hacia aquel lado.

Era una tarde rubia. El sol amarillo lo bañaba y lo envolvía todo en una tonalidad dorada, llena de melancolía otoñal.

Aun el calor obligaba a buscar la frescura de la sombra de los árboles del Jardín Botánico, donde paseaban Luisa y Paco.

Tenía el gran jardín algo de pantanoso, de húmedo, de demasiado umbrío con el espesor del ramaje de los grandes árboles y la tierra abita de agua. Sobre los paseos enarenados rodaban las hojas secas, con un quebradizo ruido de cristales rotos, mientras que arriba había como un rumor de faldas de moiré, en el rozar de las hojas que movía el viento, próximas a desgajarse y a caer.

Estaba muy claro el cielo, muy transparente, apenas teñido de un ligero añil, más suave que el dorado de los rayos del sol, que se reflejaban en el horizonte sobre bellones teñidos de rosa y de oro.

Se encontraban casi solos en el jardín. Aquel jardín tenía una tristeza especial, algo de jardín de cementerio. Un cementerio de las pobres plantas, tan cuidadas, tan podadas, que carecían de libertad para crecer y extenderse a su antojo. Estaban siempre alerta las tijeras para amputar la rama indiscreta y mantenerlas desbrozadas y pulidas. Cada una tenía colgado el cartelito, en el que rezaba su nombre y su familia, como una losa con epítafio.

Debía pesar en los dos la pereza de la tarde para estar silenciosos, y sentirse llenos de una mayor melancolía, de una mayor ternura.

Vinieron a detenerse bajo el modelo de gruta donde jugaban varios niños pequeñuelos. Ocho o diez chiquillos que no pasarían de siete años el que más. Debían ser de familias pobres de la vecindad, a juzgar por el descuido de sus trajes: baberos de telas bastas, de una dudosa limpieza, que rimaban bien con las manos cortadas y ásperas, las caras churretosas y los cabellos revueltos y deslucidos.

Los dos miraron con amor a los niños, que no les parecían feos ni sucios, y al mirarse de nuevo ellos, Luisa se ruborizó con una turbación tan graciosa que dió mayor arrogancia a su novio y lo arriscó aún más, satisfecho de haberle hecho sentir con su mirada esa maternidad oculta en la sensualidad de las vírgenes.

Hizo una seña a los chicos que dejaran de jugar y miraron ariscos y desconfiados.

Luisa sacó del bolsillo un puñado de caramelos y se los mostró a los niños, que permanecieron quietos, callados, mirando de reojo a la joven, con el deseo de los dulces y sin atreverse a acercarse. Al fin, una chicuela de morros sucios y cabello enmarañado estiró la

mano. Retiró Luisa la golosina y asiendo la manecilla regordeta y escamosa la atrajo hacia sí. Se interpuso Paco.

—¿Cómo te llamas, monina?

La niña se dejó deslizar hasta aproximarse a él, pero permaneció silenciosa.

—Dime cómo te llamas y te doy un caramelo.

—Rosario—murmuró vencida por el deseo, con voz bajita y vergonzosa.

Cuando le entregó el caramelo, la niña se alejó satisfecha y todas las otras se aproximaron más. Empezó el reparto de caramelos. Luisa le preguntaba el nombre a los muchachos y Paco a las niñas, que lo decían con el deseo de apoderarse del regalo.

—Antonia.

—María.

—Dolores.

—Angeles.

¡No había una Luisa!

Los niños les daban la misma decepción.

—Juanito.

—Pedro.

—Manuel.

¡Ninguno se llamaba Paco!

Se miraron un poco desconcertados por esto. No estaba allí su hijo, el hijo que buscaban.

Sintieron un disgusto que les hizo volverse el uno contra el otro sin darse cuenta. Maquinalmente, él acariciaba la cabeza rubia de Angelita, quizás la única que estaba bien peinada. Sintió unos celos vagos Luisa, celos del nombre.

—La vas a despeinar—dijo con mal humor.

—Ya no—respondió él riendo y señalando el lazo azul de la niña ya en el suelo, mientras los cabellos le caían como un nimbo de luz en torno de la cabeza.

—¿Te gusta Angelita?

—Es muy mona. Se parece a tí.

—A mí no... A otra Angelita quizás.

—No seas tonta. Toma, ponle el lazo.

—No sé.

—Se lo pondré yo.

—No tengo paciencia de estar aquí mientras. Quiero irme.

—Está hermosa la tarde y estamos aquí muy bien. ¿No te gustan los niños?

—Cuando están limpios y bien vestidos.

—¡Pobrecitos!

—Estás muy compasivo.

—No comprendo que haya mujeres que no gusten de los niños.

—Pues ya conoces una. No me gusta nada irracional. Ni niños, ni pájaros, ni perros, ni gatos...

—Pero vas a comparar los niños con los animales...

—A esa edad se llevan poco.

—Y me parece que a la tuya también.

—¿Qué me quieres decir?

—Eres una idiota.

—Y tú un grosero.

Había, como siempre, estallado la tempestad. Una de aquellas riñas tan frecuentes, tan impensadas, que brotaban de cualquier cosa y parecían sobrecogerlos siempre.

Salieron del jardín murmurando bajo quejas e improperios y siguieron Prado arriba hacia Recoletos. Todo aquello estaba lleno de recuerdos para ellos. Hubo largos silencios que apagaban la cólera y despertaban la ternura.

Algunos momentos, la mano de Paco apretó el brazo de ella y su asiento le cosquilleó cálido en la nuca; otros, Luisa volvió hacia él los ojos con los labios temblantes de pasión próximos a perdonar. Pero sus movimientos tiernos no coincidieron; les faltaba franqueza para abordar la reconciliación, y el amor propio les aconsejaba:

—¡Ahora no ha de ser como siempre, no cederé—pensaba Paco!

—¡Aunque me cueste la vida no me dejo pisotear más—se decía ella!

Tal vez, siguiendo uno junto a otro su camino, hubieran llegado a la casa y se hubiera hecho la paz; pero al atravesar la plaza de España, dos lindas muchachas, vestidas de azul, destocadas, luciendo un casco de oro en la cabeza, pasaron cerca de ellos. Las dos reían, dejando ver los dientes blancos como una línea de luz entre el bermellón de los labios; llevaban los ojos brillantes, las mejillas frescas: una sensación de alegría y de ligereza que, sin saber por qué, le parecía a Luisa que la humillaba. Ella tenía algo de solemne, de mustio, con su belleza blanca, sus cabellos negros y su estatura esbelta y majestuosa. Paco las miró..., las miró con insistencia; las otras hubieron de notarlo y acentuaron la sonrisa satisfecha, malévola, del triunfo de las mujeres miradas por el hombre que acompaña a otra mujer guapa. Una de ellas volvió ligeramente la cabeza con cierto descaro, y sorprendió la mirada que las seguía. Luisa no pudo contenerse más. Hubiera querido pegarle a su novio, llorar, patear en el suelo, tirarle algo que le hiciese daño... Su mano apretó en su brazo clavando los dedos en un pellizco profundo.

Paco sacudió con un movimiento brusco aquella mano, y a merced de la sombra que empezaba a envolver la tarde escapó ligero por la calle de Alcalá.

Sintió Luisa en el corazón como un pellizco que le mordía. ¡Se había ido! Algo le decía en el alma que esta vez no volvería. Hubiera querido correr tras él, llamarlo, gritar... Al sentirse impotente tuvo un impulso de arrojarle al paso de un tranvía y probarle así su amor... aquel *tan tan tan* de aviso de los tranvías era como una llamada. Luchó con la tentación y se dejó caer sin fuerzas sobre un banco. Allí permaneció más de una hora sin importarle que la vieran y llamar la atención. Al fin emprendió el camino sola, vacilante, seguida por uno de esos hombres que parece el mismo hombre que sigue a todas las mujeres para vejarlas y molestarlas. Ella no respondía, no miraba, apretaba el paso para librarse de la procaacidad de su perseguidor. Las frases de aquel hombre la irritaban más contra Paco, que así la dejaba a merced de todos los peligros. Pero al entrar en su casa le pareció ver una sombra, como si velara

por ella de lejos pronto a defenderla. Sintió una sensación de alivio. Volvería.

VI

Como era Paco el ofendido, Luisa se creía en el deber de buscarlo. Dos veces le había escrito y el joven no le respondía. Alarmada, celosa, llegó a buscar pretextos para encontrarse con él. Pasaba en vano todas las tardes por aquel café de la calle de Alcalá donde solía sentarse con sus amigos, pero no lo veía jamás. ¿Dónde se metía? Quizás casa de otra mujer que le hacía olvidar.

Algunos días pasó por la Universidad a la hora que salía de las clases; no se atrevió a detenerse cuando vió a los amigos de Paco, que la saludaban con cierta sonrisita, en la que ella creía ver algo irónico, con ese recelo de las mujeres hacia los amigos íntimos, frente a los que se creen en ridículo siempre, porque ellos son los enteradas de las infidelidades insospechables.

Aquel domingo no había podido vencer la tentación; era preciso que lo viera, y aprovechando el pretexto de la misa, con un rasgo de valentía inaudita, se dirigió a la casa de huéspedes donde vivía Paco.

Apenas se dió cuenta del paso que había dado hasta que se encontró frente a la muchacha que le abrió la puerta. Balbuceó el nombre de Paco.

—¿Quién la busca?

—Su prima.

Su aspecto inspiró confianza y la invitaron a esperarlo. Entró en aquel cuarto donde tantas veces la llevaba su pensamiento. Ahora ya lo encontraría mejor conociendo el lugar. Miraba con ternura todos los sencillos muebles: la cama con colcha amarilla, el lavabo, las escasas sillas y el escritorio adornado con retratos de ella... ¡Estaba allí entre la madre y la hermana de su novio! Paco le seguía siendo fiel y guardándola cerca de sí. No había más mujer que ella; aquellos otros retratos de Raquel Meller, Pastora Imperio y Tórtola Valencia no la ofendían, porque a fuerza de ser mujeres habían perdido ya su significado de mujer. Sin embargo, daba frío aquel cuarto, le faltaba intimidad, pero creía que todas aquellos objetos debían conocerla, que Paco les habría hablado de ella.

Cuando escuchó la voz de su novio se dió cuenta de la gravedad de aquel paso y se sintió desfallecer... oía su voz preguntar con extrañeza:

—¡Mi prima!

—¿Y está aquí?

Le dió fuerza aquella voz. No podía vivir sin oírla, quizás su pasión radicaba en aquella voz de caricia.

Entró ceñudo, duro.

—¿Qué es esto?

—¡Paco!

—¡Qué locura! ¿Cómo vienes aquí?

—Pero...

—Vámonos... yo te acompañaré.

Le asustaba la idea de que cualquiera de sus amigos pudiera llegar y verla allí.

Salieron; la calle estaba solitaria, apenas transitaba nadie por ella; Luisa se acercó y lo cogió del brazo. Era un brazo duro, con los músculos en tensión para permanecer hostil, con algo de leño, de insensible.

—Paco... Paco.

—¿Qué quieres?

—No puedo vivir sin ti.

Siguió él en silencio, pero en su brazo hubo como una flexibilidad que acusó la ternura.

—No calles—siguió ella—, háblame... necesito oír tu voz. ¡Tu voz!; háblame, dime que me quieres, Paco mío.

Se acercaba, loca, delirante, queriendo vencer la resistencia con sus caricias... El cedió. Cedió sin hablar, cedió estrechando la mano que le oprimía el brazo con pasión contra su pecho. El también la había creído perdida.

Aquella noche, cuando llegó a la hora de sus habituales visitas, nadie pareció sorprenderse. Lo esperaban.

Los dos novios se sentaron junto al balcón y empezaron, como de costumbre, a contarse sus temores, sus culpas; las veces que se habían querido buscar y se habían dominado. El placer de aquel amor estaba en las reconciliaciones.

Dos o tres veces estuvo aún a punto de turbarse la paz en la explicación.

—Yo no te hubiera buscado—dijo él con orgullo que la lastimó.

—Yo no te buscaré otra vez—declaró ella como si quisiera borrar su humillación de antes con su arrogancia.

—No seas orgullosa.

—Mira lo que haces.

Pero estaba reciente el recuerdo de su separación y dominaron su amor propio. Ambos protestaron a un tiempo.

—No nos separaremos más.

Luego él preguntó:

—Adelanta mucho la colcha.

Le gustaba ver aquellos cuadros de crochet que se deslizaba de los dedos de la novia, robándole algunas miradas, pero cuyo tejido no quería detener, como si fuesen granos de arena de un reloj que marcara las horas que faltaban para su enlace. Sería como la red de mayas que había de cubrirlos a los dos.

Luego vencidas ya las asperezas, dominó en los dos el amor con toda la fuerza que crecía en cada una de aquellas contrariedades. Mientras ella se deleitaba escuchando su voz él le suplicaba:

—Enséñame los pies.

Y enardecido por la visión graciosa, paseaba apasionadamente

la mano ardorosa por el brazo de la joven, a favor de la anchura de la manga.

Adelina hacía silenciosa su crochet.

/II

Nuevos días de paz sucedieron a la nueva reconciliación. Una paz intensa, respirada con fuerza, con ansiedad, con avaricia, como si estuviese siempre frente a la posibilidad de una nueva ausencia.

Sentían ansias de retenerse por siempre el uno al otro, auniéndose, mordiéndose con un mordisco inseparable, soldándose dolorosa y fuertemente. El amor propio de los dos y la felicidad frenética que brotaba de estas juntas les hacía ver que había algo en aquella fuerza que los unía, que los repelía, los separaba, agravaba todas las cuestiones y no podía dejarlos tranquilos.

En efecto surgió una nueva riña. ¿Qué fue? Celos. Unos celos más fuertes que los anteriores.

Ya se habían acostumbrado a salir todas las tardes. Se unían a la multitud de parejas de enamorados que vagaban por las calles al anochecer, buscando los lugares de más sombra para pasear muy juntitos y muy despacio.

La renovación de ambiente que ponía en su amor aquellos paseos les hacía preferirlos a la tranquilidad de la casa y hasta en los días de lluvia iban a esconderse en un cine o en un café para volver luego en su paseo lento cobijados bajo el mismo paraguas.

Durante todas aquellas horas apenas desviaban los ojos uno de otro, asustados de sus continuas peleas. Siempre al llegar a alguna parte el le señalaba el sitio.

—Siéntate ahí.

Ella obedecía, con una obediencia pasiva en la que entraba ya por mucho cierta indiferencia hija de la costumbre. Poco dueña de dominar su mirada contra la tentación de lo prohibido, se sentía así más protegida, más defendida contra ella misma. Se solían sentar en el café de un modo extraño que provocaba cierta risa burlona en los camareros. El en el diván de terciopelo, en el siffo de las señoras, ella vuelta de espaldas al público en una de aquellas incómodas sillas de madera, reservadas para los hombres.

Era la única manera de que Paco estuviese contento y locuaz, seguro de que ella no miraba a nadie. Solo volvía la cabeza cuando los ojos de él se fijaban demasiado a lo lejos, recelosa de que hubiese alguna señora.

Aquella tarde habían ido a sentarse en un ángulo lejano, apartados de la concurrencia, y después de saborear el café Paco había en-

cendido un cigarrillo. Lo fumaba hablándole a Luisa que parecía escuchar lo con algo de distracción, y contestarle de una manera vaga. Miraba demasiado el espejo colocado a espaldas de Paco; se distraía en el con esa atracción de las mujeres que tanto gustan de verse en el espejo.

Con su exceso de celos él tendió la vista y no vio a nadie a espaldas de Luisa que pudiera reflejarse en el espejo.

Solo al levantarse, cuando ya se marchaba confiado, volvió la vista para coger un guante olvidado y su mirada se hundió en el espejo. Allí dentro del marco estaba ella, con los ojos en los ojos de un hombre lejano, del que se despedía.

Paco se puso pálido. Luisa no había mirado de frente a nadie pero valiéndose del espejo había mirado a alguien.

Tuvo que contener su cólera para salir con ella a la calle. Aquello lo desesperaba: le parecía una traición monstruosa, una doble traición.

Aquel dar la vuelta de la mirada de ella para encontrar la otra mirada del caballero del rincón le pareció de una infidelidad ensañada, llena de premeditación. Ni siquiera se miraba con el otro de al lado que se veía en el espejo de enfrente y al que hubiera podido buscar, sino con un hombre lejano, cuya mirada buscaba en el espejo, merced al chaflán que favorecía esas leyes, absurdas de refracción por las que se comunicaban unos espejos con otros. Nunca hubiera él pensado que se retratase allí el ángulo del café que él no veía desde su sitio. No podía ocurrírsele aquella infidelidad, peor aún, aquella burla con el hombre vuelto de espaldas a ella.

El haber hecho el descubrimiento después de la larga tarde pasada en el café lo irritó aún más. Había sido estúpida su tranquilidad, contemplando a su novia, sin pensar que lo ponía en ridículo, mientras ella se burlaba con disimulo.

¡Aquello no lo perdonaría! Le enredaba los celos aquella complicada manera que ella había tenido de engañarlo. Seis espejos tenía que recorrer la mirada para encontrarse con el disimulado conquistador, como esas carambolas por seis bandas que ponen de manifiesto la sabiduría del jugador de billar; aquella mirada infiel refinaba la perversidad de ella hasta un punto insuperable.

Hubiera perdonado una mirada hasta más apasionada pero más franca. Aquel frío fuego a que había estado dedicada Luisa aquella tarde no lo podía tolerar.

Ella parecía tranquila, inocente; fué a cogerse de su brazo como siempre, pero él la sacudió con brusquedad.

Interrogó ella.

—¿Qué te sucede?

—Nada.

—¿Qué tienes?

—Déjame.

—¿Pero qué te pasa?

Le hablaba con la voz mimosa, de caricia, que lo exasperaba aún más.

—Eres una miserable, una infame. Quiero dejarte en tu casa para volver y que vea ese caballereito que no se burla de mí impunemente.

—¿Pero qué es?

Se irritó él aún más.

—No finjas inocencia. Demasiado lo sabes... Bien te habrás reído de mí.

Entonces Luisa pareció comprender.

—Pero Paco, ¡por Dios!, ¿qué has pensado? Precisamente yo he mirado hacia ese lado del café porque era el único libre de una figura de hombre cercana y directa.

Paco, sin hacerle caso, prorrumpió en insultos; hubiera querido poderle pegar, pisotearla. En su irritación había tanto amor, que ella, sin hacer caso de sus diatribas, lo seguía satisfaciendo con juramentos de inocencia y de cariño.

Así llegaron al portal de la casa y él se fué sin despedirse y sin hacer caso de la voz angustiada, que le suplicaba con un dejo de amenaza:

—¡Pacot! ¡Pacot! ¡Mira lo que haces! ¡Pacot! ¡Ven!

VII

Aquel disgusto se prolongaba demasiado. No se encontraban en ninguna parte, no venía nadie a hablarles al uno del otro y a ser el puente para una nueva reconciliación.

Paco no olvidaba la herida abierta por la escena de los espejos. Veía constantemente la ruín intriga, pero al mismo tiempo veía el rostro de ella bañado de inocencia, de vaguedad, y había momentos en los que, a pesar suyo, se extasiaba en aquel rostro que era, *de fijo*, el único rostro que podía amar.

Evitaba entrar en aquel café con sus amigos, pero no podía dominar la tentación de reconstruir la escena, creyendo así hacer mas implacable su odio, pero al mismo tiempo para hacer mas *implacable* su amor.

Era sin embargo donde menos evocaba el rostro de ella. Los espejos estaban vacíos. La luz había borrado la imagen como la esponja que todos los días limpia a primera hora de la mañana los cafés. Había limpiado mil veces ya la imagen de ella.

Paco se tiraba en el diván como un enfermo y no tenía fuerzas ni para leer un periódico. ¿Cómo no sentía Luisa la necesidad de ir a buscarlo allí? ¿Por qué esta vez no le escribía?

La ausencia iba siendo mas larga que nunca, y sin embargo, le quedaba siempre una esperanza: la esperanza de que algo se encargaría de volverlos a unir cualquier día. ¿Quién podría borrar la predestinación del uno para el otro? Existía indudablemente una vocación que nunca había visto tan clara ni en ninguna novia de sus amigos ni en el corazón de ninguno de ellos.

Esta idea le daba confianza. Volverían a encontrarse, a quererse. Tendrían que ser la pareja que se-hacen viejos juntos. Bastaría que ella pasase cualquier día por su calle, bajo su balcón, o que cualquier día se encontrasen de nuevo.

Pero no se encontraban.

Quizás se dejaba pasar demasiado tiempo por la seguridad de una reconciliación.

Toda la vida la hubiese dejado pasar con esa seguridad, feliz en medio de todo, y con la esencia de ella en el alma.

IX

De pronto tuvo lugar el encuentro esperado. Algo de su alma llamaba a Paco hacia el Parque del Oeste. Era como un presentimiento de que la iba a ver.

La vió.

La vió paseando cerca de un hombre que iba al lado de ella, paseando como había paseado con él. Fué cosa de un minuto. La vió. Se dió cuenta de quién era el hombre que iba con ella, y el primer momento de amor, de cólera, de celos rabiosos, que le hicieron dar un paso para ir hacia ella y recobrarla a la fuerza; se heló en su corazón.

La vista de aquél hombre no lo irritó ni le crispó el corazón. No se lo enfrió de repente.

—¡Con Fermín!

—¡Con Fermín!

Repitió y siguió andando sin volver la cabeza.

Ellos tampoco la volvieron y le pareció que debían seguir confusos y avergonzados todo el largo camino.

Se dejó caer sobre un banco presa de una gran emoción. Aquella falsedad de Luisa era una doble falsedad. No podía recriminarla de tener un novio después de haber reñido con él, tal vez por darle celos. ¡Pero que ese novio fuese Fermín! ¡Qué era lo de los espejos al lado de esto! Había en esto una secreta indignidad, imposible de arreglar.

Fermín no era su amigo más íntimo para que esto agravara de tal modo su falta. No. Hasta esa traición, cometida por el amigo más íntimo, no hubiera sido grave, porque él había dejado libre a Luisa durante muchos meses y no tenía derecho a condenarla a una soledad eterna. El ya no tenía ningún derecho sobre ella.

Paco no había sido nunca amigo de Fermín, era un nuevo conocido, y sin embargo lo creía más responsable que a Luisa, pobre mujer de alma confusa en medio de todo. El era más responsable, que un hermano que hubiese sido infiel a otro hermano:

¡Fermín era su parecido! ¡Fermín se parecía a él! Eso era todo. Esa era la gravedad del caso.

Le había indignado siempre su parecido con Fermín. Lo había encontrado en su camino siempre y siempre se había apartado para no tropezar con él. Aquel hombre tenía su misma estatura, su mismo gesto, sus mismas facciones y, sin embargo, no tenía su alma. Era como una sombra suya cuya cursilería le molestaba. La noble expresión de sus facciones tomaba en Fermín una torcedura de vieja arrugada; su frente noble y ancha era en Fermín estrecha y velluda; sus ojos francos se tornaban maliciosos en el parecido.

Muchas veces había comprobado cómo Fermín, en vez de tratar como él de escapar al parecido, trataba de acentuarlo, de aprovecharse de él.

Creía Paco que un hombre que se parece a otro está obligado a no suplantarle sino sin darse cuenta, y si alguna vez, por casualidad, lo nota, está obligado a disculparse, a deshacer el engaño con apresuramiento, con viveza, con la lealtad más indispensable.

Jamás un hombre que se parece a otro puede abusar de ese parecido sin dar la prueba más evidente de un alma baja y sin escrúpulos que se pisa a sí misma.

Veía Paco con claridad el caso de aquel hombre repulsivo aprovechando la ocasión de triunfar de la pasión y de la tristeza de Luisa gracias a su parecido. ¿Podría ser tan ciego que creyese que gracias a su seducción personal, aun habiendo llegado a Luisa por el parecido del otro, había al fin dejado al otro como al parecido de él? Como si él, llegado después, fuese *el de antes* y Paco su parecido.

Sentía Paco el dolor de aquella tercera involuntaria. ¿Cómo podría Luisa haberse engañado, haberse confundido hasta el punto de creer que aquel charlatán podía sustituirlo a él, serio, sincero, brusco quizás, pero constante y de gran corazón.

Luisa no sólo se había dedicado a otro amor, cosa muy humana y que él había sabido perdonar, sino que había creído dedicarse *al mismo amor*, con el mismo tipo de hombre.

Lo que más lo había descompuesto era que él se viera mezclado en aquel idilio sin estarlo; estaba mezclado sin estar presente. No eran celos lo que le producía el estar obligado a seguir siendo la *primera persona* en aquellos paseos de Luisa con Fermín, sino la indignación de ser verdaderamente él a pesar suyo. Él en el alma de ella. Él haciendo triunfar a costa de él mismo a aquel otro hombre desleal. Era él quien se la entregaba.

Aquellos sentimientos oscuros y extraños le habían apretado el corazón hasta hacer salir toda la savia de su afecto. No obstante después de desprendido de aquel amor aun continuaba siendo el protagonista.

Le quedaba una amargura de su pasado: ¡Qué poco lo había conocido ella para confundirlo en aquellos nuevos amores.

Había perdido sus mejores horas al lado de una de esas mujeres bueriles que no se percatan nunca de nada.

Ya en su casa, y a través de los días siguientes se sintió más aliviado de aquellas esperanzas impacientes que había sufrido por volver a encontrar a Luisa, por volverla a oír, por volverla a ver, con sus ojos chiquitines y vivaces, que parecían grandes por como resultaba su color oscuro sobre el rostro blanco.

Aquellos ojos eran entre todos los ojos *los suyos*. Los que Dios o el diablo habían hecho para él, solo para él, entre todos, haciendo al par los suyos como el único estuche en donde estarían bien. Con ninguna mujer experimentaría la dulzura de las miradas con que penetraban tan fácilmente el uno dentro del otro.

Ya no necesitaba buscarlo. Se había deshecho la ley fatal que les mandaba encontrarse. Había sucedido *lo único* que podía romper esa ley.

Sin embargo pensaba a ratos en ella y en él no en *ellos* porque ningún sentimiento era en Paco tan profundo como el de que no podían estar unidos Luisa y Fermín.

Con el único que hablaba era con Juan, el amigo íntimo, siempre bondadoso y dispuesto a intervenir para arreglarlos.

—No—decía Paco—. Ya es inútil, no la amo porque me veo confundido por ella con otro que me despoja de mi fondo innato de honradez y de buenas pasiones.

—No seas injusto, tal vez Fermín...

—No lo disculpes. Yo no sería capaz de abusar de mi parecido con otro hombre para tomar a una mujer ni en una aventura de momento.

—Sabemos acaso si ha sido inducido o provocado.

—Yo en ese caso procuraría estar efusivo con ella al sentir lo prohibida que me estaba por ser de otro que me parecía a mí. Temería la mirada del otro que se daría perfectamente cuenta de cualquier fácil galantería por pequeña que fuese.

—¿Pero y si tu la amabas?

—Una razón de más para huirle, para pensar que no me veía a mí, sino que buscaba al otro.

—Pero pensando así, amigo mío—objetaba Juan—no tienes derecho a recriminar a Luisa. El ofendido es Fermín que hace el papel de un retrato, de una cosa que evoca el amor y recibe un culto que no es para él.

—Precisamente eso me irrita más. ¿Qué mujer es esa que no sabe distinguir entre yo y mi parecido?

—Eres demasiado severo.

—Tal vez. Quizás durante nuestros amores cruzó alguna vez por

mí la figura de Fermín con un vago sentimiento de celos. Yo debí entonces señalárselo a ella y decirle: «Mira... si alguna vez rompemos sé de todos menos de ese.» Quizás debí inculcarle esa repugnancia.

—¿Por qué no tienes una entrevista con ella?

—¡Hablar con ella! ¡Ponerme cerca de ella! Eso no es posible. Le hablaría quizás con una voz de falsefe, con una voz que ya no sería la mía, porque ante una mujer tan lerda, ante las mixtificaciones, temería ser el *Fermín*, el de *dublé* y que Fermín fuese yo.

—Créeme, Paco, eso es un excesivo amor propio, si hablarais, todo se acabaría.

—Imposible. Además sería peligroso que habláramos.

—¿Por qué?

—Yo no podría dominar mi brusquedad... la brusquedad que tengo perfecto derecho a usar, que soy el *único* con derecho a usar, porque en mí ha sido siempre una prueba de profundo amor, quizás ya sonase en sus oídos como algo más arbitrario que nunca, puesto que en los amores de aprovechado del otro, en esos amores de galanteador sin pasión, amores sin celos y sin castigo, porque en el fondo no es más que una conquista fácil, no habrá habido más que palabras melosas, dulces; palabras de colillón.

Juan, en vista de su actitud, le aconsejó:

—En ese caso no pienses más en esa mujer.

El asintió, asegurándole que estaba todo terminado.

Cuando se despidió su amigo y se quedó solo, el pensamiento tenaz lo acometió. No estaba tranquilo. Tenía que hacer algo para acabar realmente con todo aquello, para sentir él mismo que había hecho algo que lo libertase. ¿Qué debía hacer? ¿Vengarse de Fermín? ¿Pero de qué? Cualquier paso que diese se interpretaría como despecho. La ruindad de Fermín sólo podía vengarla él mismo. ¿Entonces?

No sabía por qué resolverse, pero necesitaba poner un punto final, señalar la verdad, dar el último tirón del tafetán que le cubría la herida.

En su sentimiento vago estaba la idea de que para Luisa no había terminado todo. Ella esperaba. Ella lo confundía con el otro. Era aquella esperanza, aquella confusión, la que necesitaba romper para verse libre del todo. Tomó la pluma y escribió:

«Luisa:

Esta es mi despedida, que no te podía faltar. Estoy enterado de lo de Fermín, y yo, que todo te lo hubiera perdonado, esto no te lo puedo perdonar.

Todos, menos ese, han podido ser tus novios; ese, no. Ese no podía ser. Ese era el que no debías haber dejado acercarse a tí.

Con ninguno otro me hubieras hecho traición. Yo había dejado de tener relaciones contigo y por lo tanto todos podían ser tus novios y conseguir todas esas cosas que en cierta oscuridad se consiguen de tí y que sin embargo me hubieran permitido volver a encontrarte o por lo menos a recordarte sin rencor. ¡Pero ese hombre! Ese se parece a mí y fué a tí como mi parecido. ¡Cuándo seréis justicieras las mujeres! Debiste de ver lo que se proponía. Pero en vez de verlo

creíste que te consolarías conmigo mismo de mi ausencia, con mi tipo de imitación, con mi franqueza de un modo aparente, con mi nariz aguileña...

Este no era uno de esos amores fáciles en los que se incurre sin gran responsabilidad en los momentos de abandono. Este era el único por el que no podría pasar. Te has equivocado creyéndolo mi otro yo. Ese hombre te abandonará. No aprecia ni tiene en consideración nada de lo que toca. Todo lo desflora exagerando mucho la galantería y la cortesía, pero en nada entra, en nada puede entrar.

¡Tan poco me conocías, que has podido confundirte tan miserablemente! Has podido variar de gusto pero no equivocarte, no creer amarme a mí hasta con mi mismo rostro, siendo tan distinto.

Si no hubieras caído en ese error yo hubiera creído siempre que me conservabas en tu corazón y algún día hubiera creído que podía volver. Pero así no. Así, ese que recuerdas como si hubiese sido yo, ya no soy yo.

«¡Todos menos ese!», te hubiera gritado si hubiera sospechado lo que iba a pasar. Ahora, frente a ese hombre de hazañas ruines, de alma torcida, te digo: «Todos menos yo».

PACO.

Después de escribir la carta fué al correo, y cuando la hubo echado miró por el buzón para ver si había caído dentro, y se quedó tranquilo. Después del desahogo de aquella carta, mármol con largo epifanio, ya estaba todo bien concluido. Ella purgaría con su abandono el haber hecho imposible la vuelta del único hombre para quien había sido creada, por la torpeza de haber escogido el único prohibido entre todos.

Carmen de Murgos
Colombine

Prohibida la reproducción.

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.- MADRID



No se olvide

que la caspa es el mayor enemigo del cabello; hay, pues que destruirla y evitarla, lo que se consigue fácilmente con el agua La Flor de Oro, la que además aviva el crecimiento del cabello y le conserva la suavidad y el color naturales. Se vende en las perfumerías y droguerías.

La Novela TEATRAL

atenta esta revista a rendir un homenaje por igual a los diversos géneros que integran la literatura escénica, publicará mañana una de las

ZARZUELAS POPULARES

de más brillante éxito

LOS CADETES DE LA REINA

complaciéndonos en manifestar a nuestros lectores que en breve publicamos

La corte de Faraón

La Tempranloa

B. Dip. Almería

AL-821-BUR-tod



1001148

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

EL PRÓXIMO JUEVES

LA BELLEZA DE LA BOCA

SUMARIO

Los labios.—Medo de cuidarlos y embellecerlos.—Los dientes.—Consejos y recetas.—La pureza del aliento.—La voz.

I: Los cuidados de la boca.—Su forma.—Los labios.—Las encías.—Los dientes.—El aliento.—La voz.—II: Cómo se deben pintar los labios.—III: Contra las grietas de los labios.—IV: Cómo curar las pupas de los labios y de las encías.—V: Varias pequeñas recetas para la higiene de la boca.—VI: La lengua afias.—VII: Limpieza de la VIII: Para destruir el sarro.—Dores de dientes y remedios.—Para los flemones.—XI: Los buches dentífricos.—XII: Polvos y dentífricos.—XIII: Para blanquear los dientes.—XIV: Fetidez del aliento.—XV: Cómo perfumar y purificar.—XVI: Gargarismos contra el aliento febril.—XVII: La voz.

15 cént.

N- 10095

LÁMPARA
"OSRAM"



La lámpara **OSRAM** está tan
acreditada que no hay casa, ni
donde no luzca.

CONCESIONARIO: **LEÓN ORNSTEIN**—MADRID

730

Oficinas y Talleres de **PRENSA POPULAR** propietaria de *La Novela Corta*, *La Novela Teatral* y *Friné*, Antonio Palomino, núm 1, y Calvo Asensio, núm. 3. ---MADRID.